



La Segunda Guerra Mundial

En el curso de mi vida he conocido la iniciación de dos guerras mundiales. La de 1914 estalló cuando yo era aún un niño pero siempre he guardado un recuerdo profundo y confuso al mismo tiempo de las primeras noticias. El comienzo de la segunda no fue una sorpresa para mí ni para mis compañeros del gobierno. Habíamos venido viendo la formación de la tormenta y, por lo menos desde el año anterior, cuando ni siquiera la capitulación de Munich contuvo las actividades de Hitler en Europa central, ya muchos veíamos la guerra como algo inevitable. Seguíamos en las informaciones cablegráficas el curso cada día más acelerado de la carrera hacia la catástrofe y nos preparábamos, en lo posible, para hacer frente a las dificultades que ella crearía inevitablemente para el país. Repaso ahora los periódicos de la época y comparo sus informaciones con la que nos cuentan la historia y las “memorias” de los protagonistas. No puede uno sustraerse al dramatismo de aquellos momentos decisivos. Hoy ya se conocen documentos cuya existencia apenas se podía adivinar por los hechos que el cable transmitía y al releerlos y comparar su frialdad casi inhumana con los días de muerte y destrucción que barrieron después tantas regiones del mundo, se siente un inevitable escalofrío. Churchill ha reproducido en *The Gathering Storm* la carta que Hitler envió a Mussolini después de que se celebró con la Unión Soviética el Pacto de No Agresión y quedó decidido el ataque a Polonia, lo mismo que la respuesta del Duce: “Las relaciones entre Alemania y Polonia han sido insatisfactorias desde la primavera, y en las últimas semanas se han vuelto simplemente intolerables, no por culpa del Reich, sino principalmente a causa de la acción británica... Estas razones me han inducido a apresurar una conclusión de las conversaciones ruso-germanas. Yo no lo he informado a usted, Duce, en detalle sobre estas materias.

Pero ahora en las últimas semanas la disposición del Kremlin a comprometerse en un cambio de relaciones con Alemania --una disposición que se produjo desde el momento de la renuncia de Litvinov- se ha acentuado crecientemente, y ha hecho ahora posible para mí, después de haber llegado a una clarificación preliminar, enviar mi ministro de Asuntos Exteriores a Moscú para redactar un tratado que es, con mucho, el más comprensivo pacto de no agresión que hoy existe y cuyo texto se hará público... Puedo informar a usted, Duce, que, dados estos compromisos, la benévola actitud de Rusia está asegurada”. Todo estaba, pues, listo con el pacto y recuérdese lo que sobre el particular anoté en esta crónica. La decisión de hacer la guerra se terna, por supuesto, desde mucho antes. *El diario de Ciano* transcribe una conversación de los primeros días de agosto que, como anota Edén en *The Rec- ktmingy* muestra que nunca antes estuvo la política exterior en manos de gentes tan carentes de escrúpulos: “Bien, Ribbentrop —preguntó Ciano-, ¿qué es lo que ustedes quieren? ‘El Corredor’ o Dantzig? Ya no eso —replicó Ribbentrop—. Nosotros queremos la guerra”. Esta clase de documento no se conocía, claro está, en 1939, y por eso los cables de aquel mes de agosto permitían a los comentaristas formular, una y otra vez, pronósticos esperanzadores, seguidos de cerca por los síntomas externos de que se marchaba inexorablemente hacia el abismo.

El más impresionante de todos aquellos documentos es la directiva N° 1 para la conducción de la guerra, expedida por Hitler el 31 de agosto y que Churchill reprodujo en la obra ya citada, tomándola de los Documentos de Nuremberg.

“1. Ahora que todas las posibilidades políticas de arreglar por medios pacíficos una situación en la frontera oriental que es intolerable para Alemania se han agotado, yo he



FUNDACIÓN

CARLOS LLERAS RESTREPO

Centro de Estudios Políticos y Económicos

resuelto una solución por la fuerza.

“2. El ataque a Polonia se llevará a cabo de conformidad con la preparación hecha para ‘Fall Weiss’ (Caso Blanco) con las variaciones que resulten, en lo que al ejército concierne, del hecho de que mientras tanto este ha completado casi todos sus preparativos. La asignación de ataque y de los objetivos operacionales permanece sin cambios.

“La fecha del ataque: septiembre 1º, 1939. Tiempo de ataque: 04.45

“3. En el Occidente es importante que la responsabilidad por la apertura de las hostilidades debe quedar inequívocamente sobre Inglaterra y Francia. Al principio, se deberán tomar acciones puramente locales contra violaciones de frontera no significativas”.

Churchill ha revelado también algo que explica la extraña manera como se desarrolló la primera etapa de la guerra. Cuando en los últimos días de agosto, de regreso a Inglaterra se detuvo en París, examinó con el general Georges las cifras correspondientes a las fuerzas armadas de Francia y Alemania. Impresionado por ellas, el estadista británico comentó: “Pero ustedes son los amos”. El general Georges dijo a su vez: “Los alemanes tienen un ejército muy fuerte y no podremos permitirnos golpear primero. Si ellos atacan, nuestros dos países cumplirán con su deber”. Fue esa actitud de no atacar resueltamente la que iba a permitir que Alemania destrozara a Polonia y la que engendró el melancólico periodo de “The Twilight War”, una guerra floja, llevada sin decisión en el frente occidental. Hay en las *Memorias* de Edén un párrafo también muy significativo y que muestra cómo la actitud franco-inglesa coincidió con los deseos y planes de Hitler. Después de relatar que el primero de septiembre el ejército territorial fue llamado a servicio activo en Inglaterra, anota Edén: “Aunque suponga que una declaración de guerra a Alemania por parte nuestra y de Francia debería seguir pronto, yo estaba lejos de ver con claridad qué acción efectiva podrían tomar los aliados occidentales, aun si tuviera la voluntad de tomarla, lo cual era dudoso.”

La invasión de Polonia comenzó, es bien sabido, el primero de septiembre. El presidente Roosevelt la había previsto con clara visión cuando solicitó la reforma de la Ley de Neutralidad a que me he referido en alguna crónica anterior. Esa ley prohibía vender aeroplanos y armas a beligerantes. Francia e Inglaterra venían haciendo compras a los Estados Unidos en los meses finales de paz; el estallido del conflicto cortarían esas operaciones. Ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, el secretario de Estado, Hull, había dicho rotundamente: “Hitler marchará en septiembre, a menos de que nosotros pasemos esta legislación”. Pero los legisladores no dieron fe a esas palabras. Cabell Phillips ha relatado (*From the Crash to the Blitz*) las torpes afirmaciones de los aislacionistas. Ante los asistentes a una reunión que se celebró en la Casa Blanca, el senador Borah proclamó: “No habrá guerra este año. Yo tengo mis propias fuentes de información que son superiores a la del Departamento de Estado”. El representante Hamilton Fish, de Nueva York, le dijo a la Cámara que el resultado práctico de abandonar el embargo de armas sería hacer de los Estados Unidos el matadero y arsenal de todas las naciones y particularmente de la Gran Bretaña. Roosevelt, según Phillips, estaba siendo frustrado en sus planes no solo por los aislacionistas, que tenían aún seguidores vociferantes aunque en número decreciente, sino también por la declinación de su propio liderato político, y el temor de que pudiera presentarse para un tercer periodo presidencial. En todo caso, él vio con claridad la situación: el Congreso, en cambio, se clausuró el 5 de agosto sin haber alterado su posición con respecto a la Ley de Neutralidad. Increíble ceguera; semejante a la que mostraron los



gobiernos de Francia e Inglaterra y buena parte de la opinión pública de esos países al no llegar a un acuerdo con la Unión Soviética, para hallarse después frente al casi increíble Pacto de No Agresión que estremeció en todas partes a los sinceros hombres de izquierda pero que también habría de reflejarse, mientras Hitler no atacó a Rusia, en una actitud de los partidos comunistas ortodoxos debilitante del esfuerzo bélico.

Más tarde habría de conocerse el protocolo secreto, adjuntó al Pacto de No Agresión, por medio del cual las dos potencias convinieron en dividirse el territorio polaco y en una partición de los estados bálticos.

Fue también Cabell Phillips quien escribió lo siguiente: “Stalin y yo somos los únicos que vemos el futuro, confió un entusiasta Hitler a su Estado Mayor (algunos de cuyos miembros eran escépticos con respecto a la aventura polaca). Nos estrecharemos las manos con Stalin dentro de unas pocas semanas en la frontera común germano-rusa y negociaremos con él una nueva distribución del mundo”. Pero agregó que este sería solo un arreglo temporal. “En tiempo apropiado aplastaremos a la Unión Soviética”.

Los días que precedieron inmediatamente a la invasión de Polonia estuvieron llenos de episodios febriles. En Londres y París millares de civiles buscaron refugio en los campos y en ambas ciudades comenzaron las prácticas de oscurecimiento. Francia cerró su frontera con Alemania, suspendió las comunicaciones telegráficas e impuso la censura de prensa. Los tesoros del Museo Británico y de la Abadía de Westminster fueron empacados y llevados a sitios seguros. En Londres se apilaron sacos de arena alrededor de los edificios públicos. El presidente Roosevelt habría suspendido vacaciones el 23 de agosto y a su retomo a Washington fue advertido por Wells de que el estallido de la crisis sería cuestión de días. En un último y desesperado gesto, el presidente se dirigió a Hitler y a Moscicki, conforme lo he relatado ya. La firma, el 25 de agosto, de un nuevo compromiso entre Francia e Inglaterra para ayudar a Polonia en caso de ataque y el envío, el 27, de emisarios especiales a Berlín, no causaron sino ligeras vacilaciones en Hitler. Este accedió a recibir al embajador polaco el 29, pero fue para presentarle un ultimátum que exigía la inmediata e incondicional entrega de Dantzig y la celebración de un plebiscito sobre el corredor. Los polacos ni siquiera tuvieron la oportunidad de responderlo; la resolución de Hitler ya estaba tomada, como se desprende de lo dicho atrás. Unos minutos antes de las cinco de la mañana del viernes 10 de septiembre los aviones alemanes emergieron de la niebla matinal, bombardearon y ametrallaron las ciudades de Gdynia, Cracovia y Katowice y las tropas y tanques germanos cruzaron la frontera polaca desde Eslovaquia en el sur hasta la Prusia oriental en el oeste.

Como dice Phillips, ya no quedaba para Inglaterra y Francia ninguna salida a la declaratoria de guerra. En la tarde del sábado 2, enviaron a Berlín un ultimátum: retirarse de Polonia dentro de las doce horas siguientes o enfrentar la guerra con los aliados. El ultimátum venció a las once de la mañana del día 3 de septiembre (6 de la mañana hora de Nueva York).

No se pueden releer sin emoción las páginas en que Churchill narra la aceptación que para entrar al gabinete dio a Chamberlain el 1º de septiembre, la nota en que le mostró la conveniencia de revisar el equipo ministerial que se había contemplado, “porque seis de las personas mencionadas sumaban en conjunto 386 años y el promedio de cada una era de 64, es decir, un año menos que la edad del retiro”; el debate del 2 en la Cámara de los Comunes, mientras el gobierno todavía dirigía notas a Hitler sin participar a Churchill; lo que hizo el primer ministro el 3, para anunciar que ya Inglaterra estaba en estado de guerra, sin que tampoco de ese paso se le hubiera dado aviso anticipado a Churchill; el súbito elevarse de los globos protectores sobre Londres y la marcha al refugio antiaéreo que había sido asignado a él y a su familia “armado con una botella de brandy y otras apropiadas



FUNDACIÓN

CARLOS LLERAS RESTREPO

Centro de Estudios Políticos y Económicos

comodidades médicas”.

La alocución por la radio que hizo Neville Chamberlain fue de una concisión admirable: “Estoy hablando a ustedes desde el ‘cabinet room’ de 10 Downing Street. Esta mañana el embajador británico en Berlín entregó al gobierno alemán la nota final en que se le anuncia que, a menos de que a las once de la mañana recibiéramos aviso de él de que está preparado para retirar de una vez sus tropas de Polonia, existirá un estado de guerra entre nosotros. Tengo que decir a ustedes ahora que no se recibió esa noticia de entendimiento y consecuentemente este país está en guerra con Alemania”.

“Crónica de mi propia vida”. Tomo II, páginas 242 a 246